



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PARAÍSO PERDIDO

Paraíso perdido.

I

Es el paisaje de sensualidad virgiliana, con sus frondas, donde musica sus amores el rui señor; con sus camarines, ricos en artesonados de nardos, de claveles y rosas; con sus arroyos, que entre juncos murmuran; con sus praderas, que amapolas y margaritas y violetas esmaltan.

En el huerto arraigan los naranjos, esencieros de azahar, orfebrerías naturales que, bajo ramas de esmeralda, columpian sus fragantes caireles de oro; cerca de ellos crecen higueras de sombrío ramaje y meloso fruto, granadas de roja floración, almendros de capullaje lácteo.

Sobre una colina que corta el horizonte, esplende la vid, dando al aire sus botoncillos negros o sus ambarinos borlones; olivos que parecen hechos por el lápiz fantaseador de Dorée, se retuercen contra la atmósfera; altas palmeras suben en dirección del cielo, sacudiendo al aire sus puntiagudos penachos.

En una planicie se alza la casería, con sus muros de nácar y su árabe azotea y su portón que, endoselado por el ancho parral, se abre frente al pozo, en cuyo brocal asienta el cubo a la espera de que una Rebeca lo vacíe en su ánfora, de un Eliazar que apague en sus bordes la sed.

Las palomas tienden vuelo desde la azotea moruna; las gallinas picotean junto al portón; un gallo las vigila y defiende, irguiendo la bermeja cresta, guiñando los redondos ojos de brasa, afilando sus espolones, abriendo a la luz la multicolor paleta de su cola, lanzando al espacio las notas clarinescas de su quiquiriquí.

Como el bíblico Paraíso, llámase *Edén* este rincón del mundo, que el sol meridional enlucen con su rayear diamantino y la Diana de los helenos poetiza con los reflejos de su luz. En él, las ramas tienen chasquidos besadores, los arroyos cuchichean lascivias. El aire sabe a fruta.

Propiedad es el *Edén* de un señorón.

Como el Dios genesiaco, es dueño absoluto de

árboles y floresta, de praderas y arroyos, de cosas y animales.

En este paraíso quedó abandonada, por fallecimiento de sus padres y recogida por el colono, una chicuela de rizada y negra pelambre, de ojos azules y labios bermejos como las flores del granado. Tiene por nombre Curra y por todo caudal un prometimiento de hembra hermosa. Aun es niña.

Descalza de pie y pierna, sueltos por el cuellecetro moreno los rizos de azabache, al aire los brazos, va y viene por la cocina de la casa, revolviendo los sarmientos que en la chimenea arden, espumando las ollas, escobando la cal del piso, enluciendo los azulejos que destellan al largo de los muros. Ella dispone el afrecho de las gallinas, la algarroba de las palomas, el yantar de los cerdos; ella vierte en el ánfora la cubeta recaudadora del aljibe. Ánfora en cadera, va de la casa al pozo y torna desde el pozo a la casa, haciendo competencia a los pájaros con los cantares de su boca.

Cuando el señorón, antiguo D. Juan, visita la finca, se tropieza con la chiquilla de ojos negros. Con los suyos la sigue, y una sonrisa enigmática descubre sus labios gruesos de despota y gozador.

Curra tiene un amigo: Curro, el zagal que pasa a diario por los límites de la finca, camino del monte, al apacentamiento de un centenar de ovejas, cuyos blancos vellones tiemblan como copos

de nieve. No cumplió sus doce abriles el zagal y ya se gana la bazofia a golpe de honda y giro de báculo.

Cuando pasa por frente del *Edén* detiéndose el zagal junto al pozo, descárgase del pesado zurrón y espera a Curra. Ésta llega a su encuentro risa en labios y ánfora en cintura. Los chiquillos platican; trazando él dibujos en la arena con el regatón de su palo, borrándolos ella con su desnudos pies.

El mastín los contempla; el ganado ramonea en los matorrales que suben verdeando los estribos de la montaña.

II

En el *Edén* va haciéndose Curra mujer en franca inocencia campesina, que no excluye el conocimiento de su propia belleza, ni el aprendizaje del amor. Dióse cuenta de la primera en los cristales del arroyo y en el espejo de las fuentes. Comparando allí con el de las otras hembras su rostro, con el de las otras mozas su cuerpo, halló que las sobrepujaba en pureza de líneas, en gracia de expresión. A fines de estío, en una fiesta calurosa, metióse en una enramada que se dobla contra el arroyo y dejó desnuda su carne. Antes de sumergirla en el frescor de la corriente, quiso mirarse en ella y vio la aurora de su pubertad haciéndose redondos globos sobre el pecho, curva amplia en las caderas, morbidez cilíndrica en los muslos, difuminación de suavísimos negros en el vientre y en la oquedad sedosa que junta el seno con los hombros. Contemplóse breves instantes con orgullo y, luego, avergonzada, dejóse envolver por la ondas. Sobre ella flotaron, como una espuma de azabaches, los rizos de su abundante cabellera.

Libro fué de amores — mejor que todos los escri-

tos — para su aprendizaje aquella naturaleza en perpetua nupcia; aves y cuadrúpedos, árboles y hierbas, flores y gotas de agua, cantaban en sus oídos a diario la canción del querer; abríase, delante de sus azules ojos, el poema donde se eternizan entre caricias las especies. Como tenía, sin apreciarlo bien, el concepto de su hermosura, tenía, sin sentirlo aún, el concepto del amor natural. Así como una vanidad inconsciente relampagueaba en sus pupilas cuando Curra se contemplaba en el arroyo, una ola de rubor, también inconsciente, enrojecía sus mejillas cuando dos pájaros se picoteaban sobre una rama, cuando dos flores se acariciaban enlazando sus tallos, o cuando el polen de una palmera, empujada hacia otra palmera por el viento, cosquilleaba el cutis de su rostro con el terciopelo de sus átomos.

También iba el pastorcillo adquiriendo imprecisamente el concepto de su gallarda varonía; también hacía en la montaña, entre el ganado y las salvajes bestezuelas, el aprendizaje del amor.

Pero todavía eran niños; la frase reveladora no sonó todavía para ellos. Aun jugaban en candoroso compadrazgo, en muchachil pareja; aun reía ella francamente si las manos de él la empujaban y la hacían rodar por tierra; aun prorrumplía él en carcajadas estruendosas si las manos de ella le zama-reaban el cuerpo.

Felices eran con sus juegos; dichosos como nadie en aquel *Edén*, mundo único por ellos conocido. Nada hacía allí falta. Con su trabajo se ganaban el pan.

Ella era tratada con cariño por el colono y por la mujer del colono, con gran afecto por el señor que, a las veces, durante sus estancias en el *Edén*, charlaba largo rato con la niña, más largo según que la niña iba creciendo. Hasta gustaba de hundir los dedos en su cabellera rizada, de pasearle sus manos por la ambarina nuca, por la curva firme de los brazos. Una tarde, cogiéndola por las muñecas, la atrajo hacia él y la besó recreadamente en la cara. Fué a los pocos días de notificar a Curra el arroyo su nombramiento de mujer.

Sí; eran muy felices el pastorcillo y la rapaza. Más y más se querían según que pasaban los meses. No podían estar el uno sin el otro; buscábanse con cualquier pretexto. Muchas veces pació el ganado en libertad sobre los altos de la sierra, mientras su guardián dibujaba rayas junto al pozo y la niña borraba las rayas con los dedos de sus desnudos pies.

Y fué un crepúsculo, al comenzar la primavera, cuando ella sintió vergüenza al dar de espaldas contra el suelo, empujada por él; cuando él sufrió un escalofrío al sentir las manos de ella asirse de sus hombros.

Aquella noche el zagal se durmió pronunciando el nombre de Curra.

«¡Curro!», dijo la niña al echarse contra la almohada. «¡Curro!», repitió entornando los ojos.

Al repetárselos el sueño, jugaba aquel nombre entre sus labios.

III

— ¡Hermosa está como un sol la muchacha, Macario! Con la primavera granóse. Con la primavera se ha abierto el capullito de mujer. Tal que los del almendro y del naranjo en la huerta.

— Razón lleva el señor. Antiayer pasó junto a mí por la viña, y quedé embobado mirándola, tal que si por vez primera la viese. Y era la primera vez; que dejéla niña al acostarme, y al despertar halléla moza.

Así charlan bajo el emparrado, por donde el sol se filtra en lluvia de menudos topacios, el señor, dueño del *Edén*, y Macario, antiguo ayuda de cámara del hoy viejo D. Juan, administrador ahora de su finca, al pago de alcahuetes juveniles, que perduran en la vejez si se ofrece ocasión.

— Paciencia tuve — continúa el señor —. No era cosa de estropear el fruto antes que tocara sazón. No tendrá queja la Currita del trato que ha recibido hasta el presente. Menos quejas ha de tener, que no soy roñoso, y cuando me canse de ella, tendrá, como otras, su dote y marido poco aprensivo que cargue con las sobras... Ahora, sí; para mí la

quiero. En sazón está. El primer brote de la florecilla campestre ha de ser para mí. Por algo la fuí cultivando poco a poco; para algo la guardé bajo tu vigilancia. No creo que haya dificultades a su logro.

— ¡Qué ha de haberlas, señor! Igual que a otras ocurrirá. Caerá sin darse cuenta. Estas rosas tempranas no tienen tiempo para criar en el tallo espinas.

— Pues mañana al entrar la noche será. Ya su hermosura prende fuego a mi sangre. A más, no es cosa de que nos descuidemos y un gañán prenda en su chaqueta el capullo que para mi ojal cultivé. Si otra mano lo tocara antes que la mía, muriérame de rabia. No me gustan los frutos remordidos. Conque mañana, al ser noche, procura que tu mujer tenga faena en la ciudad; quedémonos solos: tú, en el huerto; yo, en mi gabinete con ella. Largas se me han de hacer estas veinticuatro horas.

— Como lo manda dispondráse.

Macario se aleja y el señor de las barbas blancas queda bajo los pámpanos, apurando a sorbos una copa de *wisky*, entredurmiéndose al beso del sol, que espolvorea sus cabellos de nieve.

IV

Días hace que se huyen, tal que si fueran enemigos, la moza y el zagal: si se encuentran, ella baja los párpados y se aleja más que de prisa; él frunce el entrecejo y torna la espalda, golpeando con su báculo el suelo.

Sin embargo, él la acecha a escondidas para recrearse en su contemplación; sin embargo, ella, cuando se halla segura de que él vuelve la espalda, torna la cabeza y le sigue en su viaje con acariciante mirada.

Amor prendió en ellos e hizolos, como a todos los hombres en los comienzos de una pasión, cobardes, recelosos y huraños. Amor es, cuando empuja, casi odio. En odio suele concluir.

Pero cuanto más se recelan y se huyen, más se necesitan y desean el zagal y la moza, más duran en el primero los anhelos, más, en la segunda, los ojeos acariciantes.

Y es una tarde, bajo la bóveda de flores, sobre los cojines de césped que tapizan el arroyuelo, donde se hallan de rostro a rostro Curra y el pastor. ¿Fué el encuentro casual? ¿Buscáronse hipó-

critamente? Inútil fuera preguntárselo. Ellos no han de decirlo. De rostro a rostro se hallan, cara a cara se miran: ella, ruborosa, con el pecho agitado por premuras del alentar; él, pálido, con la garganta seca y entre la garganta el suspiro.

— ¿Por qué me huyes? — dícele el zagal a la moza.

— ¡Huirte! — responde ella.

— Huirme. Bien lo veo; mal harías en negármelo.

¿Es que ya no me quieres, Curra?

— Eso dijératelo yo, y te dijera la verdad. Así que me hallas, tórnaste y corvas los hombros como si fuese yo el demonio.

— No demonio; ¡ángel eres que, con el batir de tus alas, me quitas el sueño y me partes el corazón!...

Cogidos por las manos, asientan los dos sobre la hierba. El ramaje, doblándose contra ellos, los difumina con su sombra; entre el ramaje canta un ruiseñor endechas amantes a su hembra; el arroyo se descompone en ondas besadoras; las partículas del aire gimen lascivamente; lascivamente vibran los átomos del sol; un viento embalsamado por todas las esencias del abril, estremece las hierbas. El silencio se hace. El ruiseñor lo rompe con un canto triunfal que rubrica la posesión de la hembra.

En brazos del zagal cae la moza; un beso les une; las ramas se doblan sobre ellos; el perfume de las

floreillas campestres, mezclándose a los cernidos átomos solares, incienso es de la nupcia...

Las ramas crujen; por entre ellas asoma la cabezota colérica del señor de las barbas blancas.

— ¡Ah granujas! ¡Ah perdidos! ¡Ah miserables! — grita —. ¿Así pagáis el pan que os regalo? ¡Macariol!... ¡Macariol!... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Baja una estacal ¡Échame, a garrotazo limpio, a estos sinvergüenzas del *Edén!*

V

En los límites del *Edén* está Macario, tranca en alto, expulsando a los pecadores. El señor se mesa la barba de nieve.

Adán y Eva siguen carretera adelante, apoyándose uno en otro, bajas las frentes, soboreando entre rubores el dolor gozoso de su caída...

EL "LOBO,,